

Todo lo que  
no te pude decir





**Cristina Peri Rossi**

Todo lo que  
no te pude decir



menos**cuarto**

© Cristina Peri Rossi, 2017

© de esta edición, Menoscuarto [E. Cálamo, S. L.], 2022

1.<sup>a</sup> edición en esta colección, febrero 2022

ISBN: 978-84-15740-78-0

Dep. Legal: P-6/2022

Diseño de colección: Echeve

Imagen de cubierta: *Sitzende Frau mit hochgezogenem Knie* (1917),  
de Egon Schiele

Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)

Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

«Enamorarse es crear una religión  
cuyo Dios es falible.»

JORGE L. BORGES

«No hay mayor asimetría que la  
diferencia sexual y de género.»

JULIA KRISTEVA

*(Del matrimonio como una de las Bellas Artes)*



## El idilio de Bubú y Elisa

La noticia la recibió a las nueve y treinta de la mañana, mezclada con la previsión del tiempo para las próximas veinticuatro horas, el estado de la red vial y el índice de contaminación ambiental. Parecía una primavera especialmente virulenta, con índices altísimos de polen, todo el mundo estaba medio alérgico y la temperatura variaba diez grados el mismo día. Y en medio de los pólenes de los plátanos, de los olivos y de las gramíneas, de una patera repleta de saharianos que se había perdido en el mar como la Nave de los locos y las luces del faro de la costa que no iluminaban, la noticia urgente de que Bubú, un chimpancé robusto y poderoso, había roto los barrotes de su jaula en el zoo y escapado, llevando de la mano a su compañera, Elisa. El comisario Fonseca se secó el sudor de la cara (algo iba mal en sus glándulas, provocándole ese fastidioso sudor pero no tenía ganas de averiguarlo, a los cincuenta años estaba demasiado cansado y hartado como para ir al médico a someterse a infinitos exámenes para probar que seguramente no tenía solución, como ahora ocurría con este estúpido Bubú). «Es la primavera», pensó. Seguramente

la primavera afecta también a los chimpancés. Bubú había roto los barrotes de su jaula como si fueran de mantequilla, y huido con su novia, Elisa, en un viaje desesperado y triunfal cuyo rumbo no sabía, como no sabía su destino final. Por el momento, Bubú había alcanzado unas de las avenidas importantes de la ciudad, aplastado un par de autos estacionados saltando sobre ellos y roto varias vidrieras en busca de comida. «¿Los chimpancés eran herbívoros o carnívoros?», se preguntó el comisario Fonseca porque el informe decía que Bubú había asaltado un supermercado y se había apoderado de una ristra de chorizos y paletilla de jamón, además de un frasco de perfume. ¿El cabrón se habría bebido la colonia como si fuera whisky o le había hecho un regalo a su novia Elisa?

—No quiero que cunda la alarma —le había dicho su superior con autoridad— ni que maten a ese bicho porque tendríamos que soportar una serie de manifestaciones de almas caritativas defendiendo los derechos de los animales, pero tampoco podemos dejar a Bubú, o como se llame ese bicho, suelto por la ciudad dándose atracones de mermelada y paseando a Elisa de luna de miel. Así que lo coges enseguida vivo, si es posible, y a ella también, y los devuelves al puto zoo de donde se escaparon sin que los turistas se alteren. Llama al especialista en monos, simios o como se llame del zoo y pídele ayuda.

El comisario Fonseca se quedó pensando en la expresión «cunda la alarma». Últimamente pensaba mucho en el



lenguaje, no sabía si por el exceso del sudor de sus glándulas o por la edad, ya le gustaban menos las mujeres, parecía que ahora le atraían las palabras que también eran femeninas. ¿Cómo sería un mundo de palabros, no de palabras?

No había muchas cosas que cundieran, si descontábamos el pánico, la alarma. Su exesposa decía a veces «El dinero no me cunde» y él fruncía el ceño porque la expresión le evocaba un budín. Un budín cunde o no cunde, quizás al sueldo le faltara levadura para que alcanzara a fin de mes.

Llamó al zoo. El experto en monos o lo que fuera se llamaba Suárez, era joven, él no soportaba a la gente joven, lo notó algo frío, algo displicente, como era la gente ahora.

—Hay que encontrar a ese mono como sea y devolverlo a casa, con o sin novia —le dijo Fonseca ásperamente.

—No es un mono —le explicó Suárez—. Es un chimpancé, uno setenta y dos de altura, ochenta kilos de peso y treinta y cinco años de edad. Es activo, inteligente, muy emprendedor y fuerte. En cuanto a Elisa, es una hembra muy agraciada, de veintidós años, uno cincuenta y seis de estatura, cincuenta kilos de peso y muy fiel.

—¿Me puede explicar usted cómo se las ingenió para romper los barrotes de la jaula? ¿Estaban oxidados? ¿Eran de mantequilla? —preguntó, alterado.

—Es una jaula relativamente nueva —explicó Suárez— y en perfectas condiciones. Es más —agregó—, cada noche es revisada barrote por barrote para evitar huidas.

—¿Cómo pudo...?

—Está enamorado —afirmó Suárez.

El comisario Fonseca transpiraba copiosamente. Las malditas glándulas.

—¡No diga tonterías! —gritó—. Tengo que atrapar a ese chimpancé como sea antes de que destruya la ciudad, mate a mucha gente o lo atropelle un autobús. Y usted tiene que ayudarme. El turismo de esta ciudad debe conservar su buena imagen, estamos a punto de iniciar temporada y un mono loco suelto no puede arruinar la imagen de la ciudad. Esto no es África. La gente que viene del extranjero viene a gozar de las playas, de las comidas, de la bebida, y no a ver chimpancés, si quisieran ver chimpancés se irían a África. Ese Bubú o como se llame llevará un chip, supongo —preguntó Fonseca.

—No tiene chip —informó Suárez.

—¿Me quiere decir que tienen a los monos sin identificar?

—Están identificados —dijo Suárez—. Le puedo proporcionar un enlace de internet y verá a la pareja, pero no tienen chip, porque no es necesario.

—¡Es necesario! —gritó Fonseca—. Y mándeme ese enlace de inmediato.

«A todas las unidades. Chimpancé de uno setenta de estatura, ochenta kilos de peso, treinta y cinco años de edad, se ha escapado de su jaula del zoo llevando consigo a su novia Elisa, una chimpancé agraciada de veintidós años, uno cincuenta y seis de estatura y cincuenta kilos de peso. Bubú es fuerte y peligroso. Ha destrozado varios autos y ha robado en un supermercado. Imposible saber hacia dónde se dirige. Alerta a todas las unidades. Ubíqueno e

intenten atraparlo antes de que ahuyente a todo el turismo presente y futuro.»

Tenía varios comunicados electrónicos. Lo habían visto en tal o cual calle, rompió varios escaparates, ahuyentó a todos los turistas de una cafetería al aire libre, destrozó las instalaciones eléctricas de una refinería y era imposible saber hacia dónde se dirigía.

«En esta ciudad no hay bosques —pensó Fonseca—. Solo se le puede atrapar en la calle, salvo que él sepa algo que nosotros no sabemos.»

Miró el enlace que le había enviado Suárez.

Ahí estaba la foto de Bubú, un chimpancé de mirada astuta, largos brazos y un aire decidido que le hizo temer lo peor. En cuanto a Elisa, parecía sonreír todo el tiempo («¿Qué mierda le pasa a su dentadura?», pensó Fonseca transpirando) y tenía algo femenino que lo estremeció. «¿Cómo un chimpancé iba a tener algo femenino?», pensó.

Todo el mundo estaba medio loco. Nadie mejor que un comisario para saberlo.

Fijó las imágenes de ambos chimpancés en la pantalla. Le pareció que esos ojos negros querían comunicarle algo. Suárez lo interrumpió.

—Bubú está enamorado y huye con Elisa, su enamorada, seguramente buscando un bosque lleno de árboles y frutos dulces y comestibles, una especie de paraíso, como Romeo y Julieta —le dijo.

—¿Quiere dejar de decirme bobadas? —le espetó Fonseca—. ¡Un mono enamorado! La página que me mandó dice que son promiscuos —contestó fastidiado.

¿Y qué hombre no lo es antes de los cincuenta? —le preguntó Suárez.

Ahora el sudor le bajaba por el cuello y se le metía dentro del uniforme.

—No sea estúpido —dijo Fonseca—. El noventa y ocho por ciento del ADN semejante no le da derecho a suponer que un mono se enamore. Quizás esa diferencia del dos por ciento es lo suficientemente importante como para hacer dos especies diferentes. Y un mono no se enamora.

—Bubú sí —insistió Suárez—. Ha sido muy promiscuo, de joven, pero desde que intimó con Elisa, es un perfecto caballero que ama a su pareja, la protege, la llena de regalos y sueña con un paraíso privado, como Adán y Eva.

Fonseca se sublevó.

—¿Cuántos años tiene usted? —le preguntó.

—Veintisiete —dijo.

—Es muy joven —dijo Fonseca.

—No crea. Ellos a esa edad, hace tiempo que son adultos.

—¿Se ha enamorado alguna vez? —preguntó.

—No —dijo—. Pero puedo imaginar qué se siente.

—Nada especial —gritó Fonseca, que quizás se había olvidado de la vez en que se enamoró de su mujer y todo aquello le parecía una tontería de holgazanes—. Ese estúpido mono ha roto los barrotes de la jaula y ahora está de juerga —gritó—. Prometo que lo cazaré y lo encerraré definitivamente en un hospital para monos locos —dijo—. Solo dígame una cosa: ¿hacia dónde cree usted que se dirige?

—A las afueras de la ciudad, al parque de la Ciudadela.